

CAPITULO XXV

HISTORIA DEL ESPIRITU DEL RIO

Don Alberto comenzó refiriendo á la joven todo lo que ya sabemos. Su viaje de España á las Filipinas: el gran capital que realizó en Manila: su regreso á la Patria, interrumpido por el naufragio de la Isabela en los mares de la Oceanía: su salvación por los chinos y larga espera en Macao: su dolor al llegar á la Patria y saber la muerte de su hija Angelina, acaecida en el mismo incendio de su casa de habitación: la entrevista con doña Carmen, íntima amiga de la muerta: el terrible comportamiento de su yerno con su infeliz esposa: el rapto del hijo adorado, como asimismo la esperanza de Angelina en que su padre la acompañara por el mundo en busca de su niño. El gran dolor de Angelina al perder su última esperanza con la muerte de su padre. . . . y—continuó don Alberto—yo juré entonces cumplir el último deseo de mi hija, lanzándome á buscar al prófugo por todas partes. Dejé contratada la fundación de un Hospicio para huérfanos; doña Carmen, á quien dí plenos poderes, se encargó de facilitar todos los gastos de la obra. Esa señora me facilitó un retrato de César, pues yo no conocía personalmente á mi yerno. Provisto de esa fotografía me pareció más fácil hallar á mi hombre. Despedime de la señora, ofreciéndola volver un día. Aunque ha corrido el largo lapso de diecisiete años, todavía no pierdo la esperanza de volver allá. . .

—Me embarqué en seguida con rumbo á New York, viaje que realicé felizmente. Averiguando entre las gentes de mar, supe, con gran contento, que unos meses atrás se vendió en aquel puerto una gran fragata cargada de ricas y variadas mercaderías, venta que habia producido á su dueño un cuantioso capital. Pregunté si ese señor era español; si

iba solo ó acompañado. Me contestaron que no lo sabían de cierto, pero que podía tomar informes en el hotel del puerto, donde—de eso estaban seguros—se hospedó el rico capitalista. Ya creía seguro á mi hombre. Fuíme al hotel y pedí noticia del señor que algún tiempo antes había vendido en aquel puerto una hermosa fragata. El dueño, muy complaciente, buscó en un gran Libro de Registro y poniendo el índice sobre una página leyó:

“Entradas: don César Velasco, español. Doña María, señora anciana, y un niño de tres años acompañan á ese señor. Después de comer, el caballero y sus dos acompañantes tomando pasaje, partieron por línea ferroviaria para el interior”. ¡Para el interior! ¿Pero á qué Estado? El amable hotelero no pudo darme noticia alguna respecto á la dirección. Marcheme de New York, sin hacer nuevas investigaciones, puesto que, si mis perseguidos se marcharon al interior, no estaban en aquella ciudad. No te cansaré, hija mía, detallando las pesquisas, todas infructuosas, que practiqué. Sólo te impongo de que todos los Estados de la Gran República, fueron visitados detenidamente por mí, sin conseguir mi objeto. No dejé hotel alguno cuyos registros de entradas no fueran consultados cada día, cosa que no me fué muy difícil, porque los yankees, individualmente, son personas muy amables. Por fin, cansado de inútiles pesquisas, tomé el tren interoceánico marchándome á California. Allí registré todos los rincones de San Francisco, y todos los de muchas otras poblaciones, sin poder adquirir la más mínima noticia sobre el prófugo. Ya habían transcurrido de siete á ocho años en idas y venidas, vueltas y revueltas sin satisfactorio resultado. Bien sabía yo que la América es muy grande: que no podía investigar todo su territorio y que el sujeto que buscaba podría hallarse en cualquier escondrijo, sin que jamás pudiera yo dar con él. Ello es que, ya desanimado en mi empresa, pensé volver á la Patria. Cuando me disponía al regreso, tratábase en San Francisco de efectuar un viaje de circunnavegación. Como mis esperanzas se habían frustrado, esa decepción me contristó bastante, y, por vía de distracción, embarquéme como pasajero abordo del hermoso buque que lanzábase á dar la vuelta al mundo. Ese viaje no se terminó en menos de cinco años, pues aunque casi en la mitad del tiempo puede darse la vuelta á nuestro planeta, el capitán se detenía en muchos puertos, visitando algunas de las muchas islas que pueblan el Pacífico. Estuvo en Calcuta, ciudad populosa de la India inglesa. Las islas Marianas y las Carolinas nos detuvieron un par de meses. En las

últimas, aunque los naturales van desnudos, son sumamente mansos y hospitalarios. Aquellos hombres se civilizarían pronto, empleando con ellos un buen sistema de enseñanza. La persuasión y la dulzura, sin los terrores y amenazas de Ultratumba, los convertiría en gentes honradas y virtuosas. En cambio, en las Marianas, donde hay mucho nativo bautizado, la moral anda por las nubes: ir á misa y no robar: he aquí toda la civilización que poseen aquellos pobres insulares, medio desnudos y llenos de las más absurdas supersticiones. . . . Visitamos el archipiélago filipino, que yo conocía. Al llegar á Manila mi antiguo consocio tuvo un alegrón. Referile la trágica muerte de mi desgraciada hija. Entonces me instó calurosamente para que volviera á emprender los negocios comerciales bajo la razón social que antaño tuvimos. Agradeciéndole su deseo, no pude acceder á él. Yo ya no tenía ambición alguna. ¿Para qué? Sin hijos, ni parientes, no pensaba en aumentar mi fortuna que, colocada hace largo tiempo en el Banco Español de Tenerife, sin retirar los intereses en varios años, indefectiblemente habrá duplicado el capital. Despedime de mi amigo, no sin pena, porque estas despedidas dejan caer en el cáliz de nuestras pesadumbres una gota más de hiel. Entonces la nave puso el rumbo á Australia. Pocos días después, temeroso el capitán de que faltara el agua á bordo, pues no estábamos sobrados de ella, dispuso que en la primera isla que se avistara era preciso un desembarque para proveernos del precioso líquido. No tardó mucho en aparecer una, que, á juzgar por la feraz vejetación que exhibía, allí debía abundar el agua. Acercándose el barco á la ribera, examinamos por medio de los anteojos á ver si se descubría algún habitante. Nada vimos en ese sentido, pero sí observamos que de una cercana loma descendía á la playa un ancho riachuelo que al fin vertía sus aguas en el mar. Era lo que necesitábamos. Aparejose pronto una lancha conduciendo algunos barriles, y tripulada por seis marineros encaminose á la playa. Mientras, el buque manteníase á la capa. Pronto llegaron á pisar aquella isla maldita. ¡Infelices, ignoraban la funesta suerte que les aguardaba! El capitán, el piloto y yo, contemplábamos por medio de anteojos aquellas frondosas arboledas. Había allí unos cocoteros de figura muy rara. Como en todas las palmas, el palo se elevaba derecho, y la rareza consistía en que á la altura de unos diez metros doblábase formando ángulo recto con el tronco: en la punta crecían las palmas y los cocos, por manera que ramas y frutos tenían la posición horizontal, en vez de vertical como

acontece en todas las palmeras. ¡Oh, la Naturaleza, tanto en su fauna, como en su flora y aún en sus minerales, es una gran modista! El aspecto extraño de esos árboles absorbía toda mi atención. . . . Derrepente un lejano vocería compuesto de feroces gritos y espantables ahullidos me hizo bajar el anteojo dirigiéndolo hacia la playa, viendo ¡gran Dios! un número inmenso de salvajes desnudos, armados de flechas que, por centenares, disparaban contra nuestros inermes marineros; éstos ya casi habían terminado su faena cuando aquella horda salió del bosque. ¿Qué podíamos hacer? ¡no había medio de prestarles auxilio! Apenas los seis hombres acribillados á flechazos cayeron al suelo, aquellas fieras, despojándoles de sus ropas, comenzaron á comérselos, arrancando las carnes á mordidas. . . . las aún, talvez, palpitantes carnes, de sus brazos y piernas!

—¡Qué horror! dijo Armida ¿Es posible tal barbarie?

—Sí, hija mía; aquella isla de tan hermoso aspecto, está toda ella poblada por antropófagos. Las cabezas de los nuestros, poco antes robustos marineros, eran aplastadas con piedras para devorar los sesos, como así mismo los huesos para sacar el tuétano que aquellos tigres se disputaban entre sí. Apesar del terror que me invadía seguía yo contemplando aquella carnicería. . . . Quería cerciorarme hasta dónde alcanza la ferocidad del hombre salvaje.

—Capitán—dije—¿no podría dispararse contra esas bestias feroces?

—Los cañones que llevamos son de poco calibre y creo que las balas no llegarán á la playa. . . . no obstante, haré la prueba.

Dos cañonazos tronaron viéndose que las balas rebotaron en la orilla. Con un poco más de alcance se hubieran matado algunos de aquellos demonios. Los caníbales al oír los disparos huyeron al bosque; pero de seguro, volverían después á continuar el horrible festín. Al huir pudimos verlos más distintamente, observando que entre ellos había chiquillos y mujeres; éstas se conocían por llevar prendidos á la espalda sus pequeñuelos; ¡las fieras del mañana. . . .! Alejóse el buque rápidamente, de aquella playa trágica!

Toda la marinería, considerando el horrible fin de sus compañeros, estaba desalentada y triste. Pues era preciso animar á esta gente, el capitán distribuyó entre ella algunas botellas de ron. También todos los demás estábamos dolorosamente afectados! Puedo asegurarte, hija mía, que cien veces en el combate expuse mi pecho á las balas, sin temblar. Pero esa matanza á sangre fría me produjo horror invenci-

ble. . . . Y por qué no decirlo—un miedo cerval á los comedores de carne humana. Quizá esa comida de sanguinarios caníbales, ha sido la causa, como verás por mi relato, de mi larga permanencia en esta gruta. Tengo noticia de que en la India se emprenden grandes cacerías con el fin de aminorar el gran número de fieras que existen en aquel país. Sé que en sus bosques son anualmente devorados, por tigres, leopardos y panteras, hasta 20.000 seres humanos. Pero, alomenos se emprenden arriesgadas escursiones para batir á esas fieras. ¿Por qué, pues, no se hace lo mismo con los habitantes de aquella isla? ¿Son menos feroces que las bestias carniceras? Allí no podría entrar misionero alguno: sería devorado en el acto. ¡Y tan digna como es aquella tierra, por su fecundo suelo, de ser habitada por hombres civilizados! ¡Ah! las naciones cultas, que se hacen guerra fratricida por acaparar algunas provincias; por abrirse mercados para el expendio de sus productos, en éste ó en otro país, debieran, unísonas, dirigir sus bélicos esfuerzos á la extirpación de los hombres-fieras. Con ellos no debe tratarse de humanidad, porque sólo tienen de humano la forma física; lo demás, es fiel trasunto de la bestia bravía de las selvas, superando á ésta en estratégica maldad. Los días subsiguientes á esta horrible catástrofe nos pasábamos, el capitán y yo, departiendo sobre el funesto acontecimiento. Díjome que existen otras varias islas donde aún hay antropófagos, aunque son pocos.

Algunos días después nos cruzamos con un ballenero.

El Capitán puso el agua á media ración, y mediante esa acertada medida avistamos la Australia, sin haber sufrido los horrores de la sed. Visitamos las populares y pintorescas ciudades de aquella grande isla: Melbourne, Sidney y Adelaida, todas compiten en aseo y belleza. Las afueras de estas pequeñas ciudades están pobladas de risueñas quintas, todas rodeadas de jardines, circunstancia que adorna bellamente aquellas habitaciones. En Sidney ví con sorpresa transitar por las calles varios nativos desnudos, apenas con taparrabo: nota altamente disonante en una población culta, que, por sus edificios y civilización, está á la altura de las europeas.

Significando mi extrañeza al Gobernador, díjome que aquella gente era completamente refractaria á la civilización. Que él tenía la esperanza de que aquella raza desapareciera pronto, porque su modo de alimentación no podía alargarle mucho la existencia. Comen toda clase de alimañas: las grandes hormigas que hay en la campiña, culebras,

lagartos, lagartijas y otros varios seres por el estilo constituyen su alimento diario.

Respecto á su físico, esos hombres son el más alto tipo de la fealdad humana: frente deprimida, arcos superciliares muy elevados, ojos pequeños y redondos, boca rasgada casi de oreja á oreja, nariz aplastada, brazos inverosímiles por su extrema delgadez, hombros deprimidos, pecho hundido y vientre fenomenal: añade á esa bella estampa, pies enormes terminando delgadas piernas sin pantorri-llas, y corona el edificio con abundante, enmarañada cabellera, donde jamás entró el peine: reviste todo ello, de color negro ó pardo sucio, y ahí tienes, hija mía, el bosquejo de un natural australiano.

—¡Pobres hombres!—dijo Armida—qué feos deben ser, ¿y las mujeres?....

—Son todavía más feas que los hombres: allí no hay bello sexo. Por fin, después de estar algunos meses en Sidney, viendo todo lo bueno y malo que existe en aquellas regiones antípodas, el capitán determinó retornar á la patria, noticia que toda la tripulación, incluso yo, recibimos con alegría. Después de la funesta escena de canibalismo que presencié, parecíame ver por todas partes antropófagos. Nuestro regreso fué largo, sin faltarnos alguna que otra tempestad que por suerte no fueron serias borrascas; llegando por el otro mar á California, justamente cinco años después de emprender el viaje. Dí, pues, la vuelta al mundo trayendo, en lugar de datos para la Historia, como los exploradores propiamente dichos, un horror invencible á los feroces salvajes: un deseo inmenso de que aquellos hombres, dejando de ser bestias, aceptaran la civilización. Pero ¡gran Dios, cuán desconocidos son los caminos de la Providencia! Ella me encaminó á esta gruta; hoy vislumbro sus fines! Este encuentro contigo, hija mía, me pone en disposición de cumplir, al menos en parte, mi ardiente deseo de domesticar al hombre-fiera. ¡Ya lo verás! Por ahora continuaré mi historia.

Después de algunos días de reposo, embarqueme con objeto de regresar á mi patria. A los pocos días de navegación divisamos un buque, que al parecer, estaba en gran peligro, pues su posición, muy inclinada de un costado, hacía temer que zozobrará. Nuestro Capitán, consecuente con la fraternal costumbre establecida entre los marinos de prestarse mutuo socorro en casos de inminente peligro, se acercó mucho al barco, preguntando por medio de la bocina, si corría peligro la nave y necesitaban auxilio. La con-

testación fue enderezarse, por no sé que diabólica manobra y regalarnos con media docena de cañonazos que rompieron parte de nuestro velámen y dieron muerte á tres ó cuatro marineros. Esos hombres no eran salvajes: eran blancos y probablemente civilizados. ¡Esto es aún más doloroso que el canibalismo!

Cuatro lanchas cargadas de gente se destacaron del barco traidor, tomando el nuestro al abordaje. Nuestro Capitán desapercibido para tamaña felonía, apenas pudo hacer alguna resistencia, disparando su revólver. Los marineros sólo portaban algunas navajas. En cambio los bandidos iban armados hasta los dientes, con hachas, cuchillos y revólveres. En un momento dieron buena cuenta de nuestra tripulación: el Capitán fue una de las primeras víctimas. Los pasajeros éramos cuatro, y como en aquel momento no teníamos arma alguna, arrimámonos durante el combate, á un rincón de la obra muerta aguardando por momentos nuestra última hora. Como en medio de la refriega nadie se fijó en nosotros, por si acaso nos dejaban con vida, escondimos los relojes en el caño de nuestras botas. Cuando terminó la matanza, el Capitán de la horda se acercó á nosotros preguntándonos quiénes éramos y por qué no habíamos tomado parte en la batalla. Tomando la palabra, contesté por todos:

—Señor, nosotros cuatro, somos simples pasajeros; no estamos acostumbrados á manejar armas ni tampoco las tenemos. ¿A qué, pues, intervenir en vuestras contiendas? No deseamos otra cosa que llegar á tierra.

—Muy bien—dijo el bandido—llegaréis á tierra, pero antes os registraremos.

Acto continuo arrebató cuanto dinero llevábamos encima. El saqueo le produjo una regular suma, pues entre los cuatro portábamos unos ocho mil duros. Dejónos, pues, sin blanca. Como á la vista teníamos una costa, mandó á cuatro de sus sicarios tripular una lancha, con orden de conducirnos á tierra, dejarnos en la playa y volverse con rapidez pues había premura de hacer el trasbordo del cargamento de nuestro buque al suyo.

Nos embarcamos dándonos el parabién de haber salvado nuestra vida. Apenas llegamos á la playa saltamos á ella, mientras el esquife, á todo remo, regresaba rápidamente á incorporarse á su pandilla. De nuestro sitio podíamos distinguir muy bien los dos barcos. El de los foragidos estaba ya junto al otro, sin duda atracado por algún gancho, con objeto de facilitar el trasbordo.

Más de una hora permanecimos contemplando aquella iniquidad, hasta que al fin, vimos que el pirata extendió su velamen alejándose á todo trapo, mientras que nuestro pobre buque desaparecía rápidamente á nuestra vista, hundiéndose por siempre en el abismo de los mares.....

¡Le habían dado barreno!

Mis compañeros y yo, vertimos algunas lágrimas, pobre homenaje rendido á la memoria de nuestro capitán y la infeliz tripulación.....Más tarde supe que aquel barco traidor, era el famoso "Gallito" comandado por el más feroz de los piratas, terror de los mares.. Ahora, hija mía, vamos á arreglar nuestra comida. Después continuaré el relato de mis aventuras.

Armida se empeñó en ayudar en algo... El Espíritu la encargó activara el fuego, que bajo la ceniza se conservaba; mientras él encaminóse al vallecito y sacó de dos nidos, de los muchos que había en los escondrijos de las rocas, un pichón ya emplumado, de cada uno, pues aunque contenían dos no quería dejar á los padres sin ninguno de sus hijos. En seguida los mató, desplumandolos rápido abriólos con su cuchillo lavándolos en el riachuelo y llevólos á la Gruta, para aderezarlos.

—¡Ay qué lástima! matar las avechitas!—dijo la joven.

—No, hija; los animales nos han sido dados para nuestra alimentación; si no los matáramos, se multiplicarían tanto que dificultaran nuestros pasos: aunque no sea muy grato, es indispensable poner coto á esa enorme producción.

Bien encendido el hogar, preparado con tres piedras, el Espíritu trajo rústica taza llena de sabrosa mantequilla de cabra: blanca como la leche, es este alimento de un sabor delicadamente exquisito. En una olla de barro colocó los pichones echando buena cantidad de la fina grasa y algo de sal, revolviendo con la gran cuchara de palo que él mismo había labrado. En pocos minutos terminó la fritura. Ya Armida, había dispuesto la mesa tendiendo en el suelo el basto mantel de cabulla, cubriéndolo con algunos platos de barro, pues allí no privaba loza de china. Don Alberto, trajo uno de esos recipientes lleno de higos pasados y otro con un queso ya curado, del cual cortó gruesas tajadas; púsolas sobre las ascuas dándoles vueltas rápidamente quedaron pronto doradas, á punto para comerlas. El ñame, dejado tres ó cuatro horas antes bajo la ceniza caliente, estaba á la sazón perfectamente asado; partido en pedazos, llenó otro plato. Por manera que el improvisado **banquete** si no era opiparo, por lo menos estaba apetitoso.

Cada comensal partió con las manos y comió su pichón, intercalando, por vía de pan, buenas tajadas de ñame. Después llegó su turno al queso asado, que ligaba muy bien con los higos pasados, rematando esta comida con sendas tazas de leche.

—Si yo hubiera adivinado que un día había de tener compañero en esta soledad, fácil me habría sido fabricar algún utensilio más, como por ejemplo, tenedores, que bien pueden labrarse de palo; también algún banquito para asiento; pero nunca soñé tener huésped en esta gruta solitaria. Para mí solo, me bastó fabricar esos rústicos platos, tazas y ollas, todo ello de arcilla, modelada como quiera; seca al sol y endurecida al fuego.

—Y todo ello, dijo la joven, es muy suficiente: ser basta la vajilla no impide que la comida sea buena.

—Tienes razón, hija mía. El lujo es bueno para que ganen algo los que elaboran lujosos artefactos, pero no se necesita para vivir. Arreglemos un poco nuestra cocina y volvamos después á mis aventuras.

La joven limpió y guardó la loza: su compañero trajo leña para la noche, y una olla de agua salada de la pequeña laguna que había al fin de la cañada; púsola sobre buen fuego para que se fuera evaporando y dejara en el fondo la sal.

Después don Alberto y Armida sentáronse á la sombra del árbol, para continuar el relato interrumpido.





CAPITULO XXVI

CONTINUA LA HISTORIA DEL ESPIRITU DEL RIO

—Aquella playa—dijo don Alberto—estaba limitada en todo el trayecto que la vista descubría, por altos acantilados sin la menor señal de vegetación. Temerosos de ser presa del hambre y esperando hallar al fin alguna choza de pescadores, caminamos á buen paso hasta la caída de la tarde. Estando la marea muy baja nos fuimos, buscando mariscos, hasta el límite de las olas. En las musgosas peñas hallamos gran cantidad de lapas, almejas, caracoles y “burgagos”. De todo ello hicimos buen acopio, porque esos moluscos pueden muy bien comerse crudos. Regresando con nuestro botín, sentámonos al pie de una roca y dimos principio á romper conchas y comer los sabrosos mariscos, que fueron nuestra cena. Después de hablar un rato sobre nuestra precaria situación, buscamos algún asilo donde pasar la noche. Pronto dimos con una concavidad capaz para los cuatro: á lo menos allí estaríamos resguardados del frío matinal. El benéfico sueño dominó la situación penosa, haciéndonos dormir la noche entera. Los rayos del naciente sol acariciando nuestra frente, nos hicieron poner en pie, y emprendimos la marcha aún más rápidamente que el día anterior. Nada teníamos con que desayunarnos; la baja mar se encargó de proveernos, volviéndo á recoger gran cantidad de mariscos que esta vez fueron acompañados de algunos cangrejos. Como ya la sed comenzaba á molestartos, y habíamos dejado atrás los acantilados, sucediéndonos extensas tierras bajas, echamos la vista ansiosos por descubrir algún riachuelo. Nada de agua descubrimos; pero sí, á larga distancia, varias palmas de coco. Como

ese magnífico fruto contiene líquido capaz para calmar la sed, emprendimos á carrera tendida el trayecto que nos separaba de los árboles salvadores. Pronto llegamos, porque la necesidad pone alas en los pies cuando nos acometen tormentos como el de la sed, aun más insoportable que el del hambre. Yo, que aprendí perfectamente en el Colegio la gimnasia, trepé ligero hasta la copa de una palma, tirando al suelo más de una docena de cocos, bajando enseguida á reunirme con mis amigos, los cuales, con sus cortaplumas, escapados á la rapacidad de los piratas, sin duda por creerlos indignos de su rapiña, estaban agujereando cuidadosos el fruto para tomar el agua que era lo que todos deseábamos. Ya se sabe lo agradable y refrigerante de ese líquido. Después que todos hubimos satisfecho la sed, destrozamos el fruto rompiéndolo con grandes piedras: comimos algo de la pulpa guardando el resto en nuestros bolsillos, y retrocedimos á la playa.

Desde lo alto de la palmera había yo observado la topografía del país; teniendo la desconsoladora certeza de que nos amagaba un peligro de muerte. Toda la costa era baja y pantanosa: se extendía á gran distancia y esos pantanos, indefectiblemente exhalarían miasmas deletéreos conductores de fiebres mortales. Informados del gran peligro que corríamos, mis amigos y yo optamos por seguir el litoral huyendo todo lo posible de las pestíferas lagunas; ¡Vana precaución! Dos días después principió su obra destructora la terrible Fiebre Amarilla. Dos de mis amigos fueron atacados y antes de veinte y cuatro horas entregaron su espíritu á Dios! Estas defunciones nos indicaron á los dos sobrevivientes, el triste fin que nos aguardaba. Sin temor alguno al contagio quité á los cadáveres los chaquetones, relojes y cortaplumas—esperábamos morir todos, pero como la esperanza no muere sino con el individuo, de ahí despojar los muertos, por si acaso... Después de im-probo trabajo conseguimos, mediante las pequeñas cuchillas y unos palos, cuya punta aguzamos, abrir una fosa muy somera, de ancho capaz para contener los dos cuerpos de nuestros finados amigos. Entonces comenzó la inhumación. ¡No sin gran dolor, cubrimos con tierra aquellos restos! Con piedras, formámos sobre la fosa un pequeño túmulo rematándolo con una cruz formada con dos palos atados con un pañuelo de bolsillo. Dando á los muertos un adiós eterno, emprendimos nuevamente nuestra ruta. No sentíamos hambre porque la pena roba el apetito; mas, para caminar á prisa, era preciso fortalecernos. Una vez

más trepé á un cocotero y corté sus frutos, dejándolos caer para que mi único amigo los partiese y satisfacer nuestra sed. Tomamos el agua y comimos el fruto: después seguimos nuestro derrotero. Al día siguiente descubrimos un ancho riachuelo que vertía sus aguas en el mar. Supuse que ya había terminado la zona mortífera y teníamos alguna probabilidad de salvación. Propusimos seguir la margen del arroyo sin separarnos de ella hasta conseguir hallar siquiera un rancho habitado. Un poco animados emprendíamos esa ruta, cuando de improviso, mi amigo se dejó caer al suelo atacado del mismo mal que mató á los otros dos. Pocas horas después tuve la pesadumbre de quedarme solo con un cadáver... Esa terrible fiebre puede curarse alguna vez, con medicinas y gran asistencia. Aquellos tres infelices no pudieron recibir auxilio alguno en una desierta playa: su muerte fue, pues, inevitable. También á éste le despojé del chaquetón, reloj y cortaplumas, sin saber por qué; pues yo por momentos, aguardaba la muerte. A la marea baja tomé por los pies á mi último compañero, arrastrándolo poco a poco hasta la línea de las aguas; comenzando á prisa á cubrirle con arena; después con piedras—no sin que mi amargo llanto regara el improvisado sepulcro... No podía yo solo abrir una tumba, ni dejar insepulto el cadáver: por eso lo sepulté en el mar. Pocas horas después las olas cubrían el pequeño tumulto que, con piedras, elevé á mi desgraciado amigo. Después siguiendo la orilla del riachuelo me interné en el país. Echando una mirada en todas direcciones ví que la comarca presentaba otro aspecto. Los pantanos habían desaparecido ¡Y pensar que si mis compañeros no hubieran enfermado tan pronto, pudieran haberse salvado en este territorio al parecer salubre! En tales casos, es más consolador creer que los días del hombre están contados, y muere cuando se cumple el plazo, sin que nada pueda revocar la inexorable sentencia... Yo había hecho un lío con los tres chaquetones infestados, llevándolo á la espalda. De noche extendía esas piezas que me servían de colchón y colcha.

Y sin embargo, me sentía sano y fuerte. No había, pues, llegado mi última hora. Sin abandonar la margen del riachuelo, caminaba á paso de carga, deteniéndome algunas veces á coger frutos de algún guayabo, mango ó aguacate, pues de todos esos vegetales era pródigo aquel suelo.. Esa era mi alimentación; si bien frugal suficiente para matar el hambre. Pasaba la noche tendido al pie de cualquier árbol, sin cuidarme del peligro que podría correr usando las

ropas de mis difuntos amigos. Cuatro días llevaba de camino sin vislumbrar habitación alguna. Al siguiente, que era el quinto de mi viaje, á eso de las doce, descubrí una palmera que, á corta distancia, descollaba en una pequeña loma. La aparición de un cocotero, en mis precarias circunstancias, era un feliz hallazgo. Puse mi maleta en tierra y corrí hacia el precioso vegetal. Comenzaba á trepar por él tronco, cuando unos gritos desesperados que oí, me hicieron descender. Los lamentos redoblaban; la voz era como de niño. No vacilé un momento en prestar socorro, y aunque iba desarmado me lancé en la dirección en que sonaban los quejidos. Pronto quedé enterado, viendo en la opuesta orilla de la corriente dos salvajes desnudos. Cada uno tenía agarrada por un brazo á la pobre criatura, como de ocho á diez años. Con unas piedras pequeñas le estaban estregando al mismo tiempo cogían agua con la cáscara de medio coco rociando el cuerpo de la víctima infeliz, que no cesaba de gritar. Los salvajes tenían sus cuchillos colgados del cinto de los pequeños taparrabos. Al momento comprendí de lo que se trataba: lavaban á la criatura para matarla y comérsela. Si tienes presente, hija mía, el horror que me inspiraba el canibalismo, después de verlo practicar en la Oceanía, comprenderás mi aflictiva situación en presencia de esos dos antropófagos! No me habían visto; podía huír y esconderme en el cercano otero. . . . pero nó; no dejaría abandonada en manos de sus verdugos aquella inerme criatura. Yo sabía cómo debe tratarse á esos hombres-fieras para tener alguna probabilidad de salvación: hay que mostrar sonrisa y valentía, sin que jamás sospechen que se les teme. Con alegre semblante salté de piedra en piedra, atravesando la corriente, poniéndome enseguida junto á los dos salvajes. Muy sorprendidos, soltaron los brazos de la niña—pues era una pequeña india—, la cual al instante se abrazó á mis rodilas en demanda de auxilio. Entonces saqué de mi bolsillo uno de los cuatro relojes, que allí guardaba, haciendo señas á los caníbales para que me dieran la chiquita á cambio de aquella prenda. Hablando un lenguaje que no entendí, hicieron señal negativa, pronunciando claramente ¡Ester, Ester! demostraron en su rostro señales inequívocas de temor. Yo saqué otro reloj ofreciendo por señas, uno á cada cual si me daban la indita. Volvieron á mover la cabeza en sentido negativo, nombrando nuevamente á Ester. Yo, siempre con sonrisa, dije: ¿Cómo haré para que me entiendan?

—Yo sé lo que dicen, señor—dijo la pequeña, en buen castellano.

—¡Cómo, hija mía! Sabes español?

—Sí señor; Ester me lo enseñó.

—¿Quién es esa Ester?

—La Jefa: la que gobierna á todos.

—Y estos hombres, ¿le tienen miedo?

—Sí, porque ella no quiere que coman gente, y como ellos me iban á comer.....

—Diles que ni tú ni yo le diremos nada á Ester; que no los descubrirás, y yo le diré á esa señora que te hallé perdida en la montaña y te llevo conmigo: que les regalo estos relojes que sirven para marcar las horas...

—Yo sé, yo sé. Ester me enseñó á leer y escribir. Conozco el reloj y para qué sirve: me lo pintó en la pizarra para que lo entendiera.

Durante este diálogo, que los indios no entendían, echaban codiciosas miradas sobre los relojes, conociéndose que deseaban llevárselos.

—Dime, pequeña, ¿sabes si puedo hacer algo para que esta gente entienda que quiero ser su amigo?

—Sí señor; dándoles la mano y frotando la nariz de Ud. con la de ellos, creen en seguida que Ud. es su amigo.

Al instante me acerqué á ellos que me miraban con ojos desconfiados: cogí los relojes con la izquierda, alargándoles plácidamente la derecha: ambos me la estrecharon fuertemente: después froté mi nariz con las suyas y les entregué un reloj á cada uno. Aquellos pobres ignorantes comenzaron á saltar alegremente haciendo ridículos gestos, mirando por todos lados las prendas, que sospecho no les durarían mucho.

Dije á la niña que tradujera mi deseo de ser su buen amigo; que iba á conocer su pueblo y que no temieran nada pues yo no contaría á Ester lo pasado. La chica les repitió todo lo dicho, con lo cual acabaron de tranquilizarse; volvieron á darme la mano y señalando á la niña, hablaron, haciendo al mismo tiempo señas afirmativas con la cabeza.

—Señor, dijo muy alegre la india—dicen que me vaya con Ud. y que ellos se van por otro lado.

—Sí, Sí,—afirmé yo gesticulando con la cabeza.

Al instante los indios, corriendo, metiéronse por incul-tas arboledas, perdiéndose á poco de vista entre las frondas.

—Dime, niña, ¿no tienes ninguna ropa para vestirte?

—Sí señor; aquí está—dijo—sacando de entre un mazo de árboles una enagua de tela muy basta y una camiseta de igual género. Era un tejido hecho con fibras de cabulla; para sujetar la saya tenía un ceñidor formado con una

trenza de palma: la camiseta no tenía mangas y cerraba sobre el pecho con unos cordoncillos hechos de hoja de palmera.

—¿Quién te hizo ese vestido? la pregunté.

—Ester; ella no quiere que yo ande desnuda como las otras, á mí me da vergüenza de estar descubierta. Ellos me desnudaron á la fuerza.

Aquí ya había algo de civilización. Yo tenía gran deseo de conocer á esa Ester. Después que se vistió, dije á la niña:

—¿Tú sabes el camino del pueblo?

—¡ Ah, sí señor! está muy cerca.

—¿ Y cómo te llamas tú?

—Ester me bautizó echándome agua por la cabeza y diciendo: Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y te pongo por nombre María. Pero ella me llama Mariquita.

—Pues bien, Mariquita, no digas á nadie que dos del pueblo te iban á matar para comerte. ¿ Me lo prometes?

—Sí señor, porque Ud. me salvó la vida, pero me cuesta trabajo no decirlo á Ester; á ella siempre se lo cuento todo.

—Se lo dirás á su tiempo: ahora nó; ni á ella ni á nadie lo digas.

—Se lo prometo á Ud.

—Pues vamos caminando aprisa para llegar pronto.

Cogí de la mano á la pequeña para caminar rápidamente y al cabo de una hora de marcha llegamos al palenque. Este se componía de unas quinientas chozas ó ranchos formados en semicírculo.

Aislado, á corta distancia, destacábase uno mucho mayor, distinguiéndose de los demás por su tamaño y mejor construcción. Hasta su altura media, la pared está formada con troncos bien alineados; de ahí al techo con varas derechas, cubriendo el todo un tejado muy puntiagudo formado con hojas de plátano y muchas palmas entrelazadas. Varias piedras colocadas con alguna simetría sostienen esa enramada, sin duda para que no se la lleve el viento. Los demás ranchos tienen el techo casi plano, también cubierto de ramaje sostenido con piedras deseminadas acá y allá. En cuanto á las paredes, desde el piso hasta la techumbre, son de simples palos más ó menos derechos. Comprendí que el rancho mejor era el del Jefe. Con efecto, Mariquita me condujo á él, diciendo:

—Aquí vive Ester la Jefa.

La chica entró primero, avisando mi llegada. Al momen-



to apareció en la puerta una mujer de raza blanca extrañamente vestida. Era alta y de grueso proporcionado, bellas facciones, color muy claro aunque un tanto tomado por el sol, los ojos grandes y negros lo mismo que sus cejas y larga cabellera que llevaba suelta, sirviéndola como una especie de manto por ser muy abundante y descender hasta las rodillas. El vestido se componía de falda y camiseta, todo ello tejido con finas hebras de blanco palmito. El calzado era una especie de borceguies tejidos también con hojas de palmito y abrochados con unos cordoncitos de cabulla, hechos á punto de gancho. El porte de esa dama—porque se conocía que lo era—respiraba valor, nobleza, dignidad... Yo la saludé respetuosamente participándola mi encuentro con la niña, y cómo ésta me había guiado hasta allí. En pocas palabras la referí el motivo que hacía tantos días me tenía vagando por un país, del cual no sabía ni siquiera el nombre.

—Veo, caballero—me dijo—que somos hermanos en la desgracia, pues yo también he sufrido y sufro mucho. Respecto al país, sepa usted que se halla en el Brasil, no muy lejos, según creo, de la Provincia del Pará. Cuanto á los bandidos que echaron á pique la nave donde usted navegaba, también puedo darle noticia. El barco traidor se llama "El Gallito", su Capitán es el más feroz de los piratas. Se vale no sé de qué medio infame para poner su buque recostado esperando que algún otro barco se acerque á prestarle socorro. Al llegar el fraternal auxilio, enderézase rápidamente, tomando al abordaje la nave salvadora; destroza la indensa tripulación, como usted mismo presencié, y se llevan todas las existencias de abordaje terminando por dar barreno á la vencida embarcación. Eso se sabe por alguno que milagrosamente se salvó. Son hechos positivos que tienen fama europea.

Al terminar estas explicaciones, Ester mandó á Mariquita que me trajera una taza de coco llena de leche, pues ya, por mi narración, comprendió que era urgente darme algún alimento. La diligente niña volvió pronto trayéndome gran cantidad de buena leche de vaca, que apuré en seguida, diciendo á la señora perdonase mi voracidad, pues hacía muchos días que me alimentaba sólo con frutas de poca sustancia.

—Ahora, caballero—me dijo—, permítame usted retirarme un poco para arreglar alguna vianda. Después le contaré mi historia, por la cual se impondrá usted de mis desgracias, que no son pocas.

La señora se marchó para otro departamento del ran-

cho; mientras, quedeme yo examinando aquella pieza que al parecer servía de sala. El mobiliario consistía en unos rústicos banquitos que servían de asiento y una tabla sostenida por cuatro palos enterrados por los extremos en el piso de tierra: aquello sería la mesa. Unas pequeñas esteras de palma, estaban á modo de alfombras, esparcidas acá y allá: esto debía ser trabajo de la dama, que sin duda no se avenía con la desnudez salvaje. Colgados en la pared de troncos, había dos cuadros pintados á la aguada. Uno representaba á Cristo, con la diestra extendida hacia algunas otras personas que figuraban en segundo término. Se conocía que el Gran Maestro estaba impartiendo á sus oyentes la doctrina inmortal. El otro era el retrato de un Jefe indio. Tenía correctas facciones, semblante mejor noble que feroz; mirada tranquila, casi afable; llevaba una especie de capa ó manto de pieles y en la cabeza un casquete adornado de bonitas plumas multicolores; á la espalda arco y flechas que se veían asomar por sobre los hombros. El color no era muy oscuro; el conjunto respiraba atrayente simpatía..... Era un indio de los bellos.

Ester y Mariquita llegaron con platos de barro, pues entre los indios salvajes no priva otra cerámica, llenos el uno de carne montés, el otro de bananos y tortas de maíz, además una taza de la misma fábrica llena de buen café endulzado con miel de abejas. La dama se disculpó de no presentarme algo mejor porque quiso atender pronto á mi necesidad. La dí gracias asegurándola que aquella comida era excelente—y no mentía—; porque el mejor condimento es el apetito, cosa que me sobraba. Mariquita se encargó de recoger y limpiar los trastos.

Ester y yo, sentámonos en rústicos banquitos. Entonces, ella me hizo la relación de su vida, tal cual hoy te la refiero, hija mía, porque la conservo indeleble en mi memoria. Oye, pues, transmitida por mí la palabra de aquella valerosa mujer.



CAPITULO XXVII

HISTORIA DE ESTER

Nací en Andalucía, Granada fue mi cuna. Contaba apenas diecisiete años cuando me casé con un joven sevillano ingeniero de minas. Este matrimonio fue de pura simpatía, pues si Luis me amaba mucho, no le amaba yo menos. Durante algunos años permanecemos en la patria, pero faltando en ella trabajo para la profesión de mi marido determinó pasar al Brasil; donde, según noticias, no le faltaría. Yo no tenía padres, pues los perdí en edad temprana, pero sí algunos cercanos parientes con quien podía quedarme; mas yo profesaba la creencia de que la mujer debe seguir al esposo allí donde éste vaya. En consecuencia, me embarqué con él realizando el largo viaje felizmente. Desembarcamos en Río Janeiro, quizá el más bello puerto de la América.

En aquella capital del Imperio, pasamos unos días muy gustosos, pues la ciudad es bastante populosa y no carece de los adelantos de la civilización europea. Sus habitantes ofrecen gran variedad de tipos. Los blancos, mestizos y negros pululan por todas partes; y eso, para quien ha vivido siempre en medio de una población cuyos individuos exhiben, entre sí, los mismos rasgos característicos de una raza, no deja de ser una curiosa novedad. Supo Luis, que en la Provincia de Pará, le sería fácil hallar terrenos carboníferos ó metalúrgicos propios para explotar. Con tal noticia, nos dirigimos á la ciudad de Belén de Pará; capital de la Provincia. Alquilamos una pequeña casa, y ya establecidos, comenzaron nuestras diarias correrías ecuestres, que se alargaban á veces á seis ú ocho leguas de la ciudad, con objeto de investigar los terrenos hasta conseguir dar con uno minero. Yo le acompañaba siempre en estas largas excursiones: esos grandes paseos formaban mis delicias contemplando á cada rato múltiples panoramas de belleza en-

cantadora. En uno de esos viajes, como á unas cuatro leguas de la capital, conocí á una familia india, compuesta de tres individuos. Eran éstos, la madre y dos hijos; vivían en un ranchito construido en medio de una fresca cañada limitada por pequeñas lomas coronadas de exuberante arboleda. El sitio era agreste y pintoresco. Algunas veces, mientras Luis se alejaba para examinar algún terreno cercano, apeábame en ese rancho á departir con la buena ña Petra y sus dos hijos, Juana y Fernando. Esos dos jóvenes presentaban el tipo de pura raza india; eran muy parecidos entre sí: sus grandes ojos negros tenían la misma suave mirada: sus facciones igual corrección, el conjunto muy agraciado y bastante simpático. Cuanto á su madre, debía tener mezcla, porque, cosa impropia entre indios, tenía los ojos azules. Cuando yo llegaba al rancho no sabían qué hacer para obsequiarme. Eran cristianos, y por lo tanto buenos; porque el cristianismo practicado con sencillez y pureza, es el non-plus-ultra de las religiones. Al fin mi marido descubrió una mina de hulla. Llevó muestras á la ciudad, declarando los inteligentes en la materia que el mineral era de primera clase. Al punto se formó una compañía para la explotación, comenzando en seguida los trabajos. La mina rendía cuantiosas utilidades, y como Luis era uno de los socios, en cuatro años nos hicimos dueños de un bonito capital. ¡Ojalá se hubiera retirado entonces! ¿Pero quién piensa en descansar cuando hay por delante fuerza y juventud y halagadoras perspectivas de riqueza y bienestar? Así pensaba él: quería continuar aquel productivo negocio por tres ó cuatro años más; después descansaría. . . . y, en efecto, descansó. ¡Pero su descanso fue eterno. . . .! Una fuerte tifoidea, en pocos días lo llevó al sepulcro. ¿Para qué ya la riqueza? Para mí? ¡Oh! nó, nunca! Muerto Luis, murió con él toda mi alegría! Era rica; podía volver á mi patria. . . . No, jamás volvería sin él! Allí, en aquella extranjera tierra donde reposaban sus restos un día reposarían los míos. . . . Algunas amigas, compadecidas de mi dolor me visitaban con frecuencia. ¡Ay! no sabían éllas que las grandes pesadumbres son hurañas y no quieren ser consoladas. . . . Gracias á mi excelente doméstica que me cuidó con perseverante y solícito esmero, pude sobrevivir; porque á no ser por ella, no hubiera tomado alimento alguno y hubiera muerto de inanición, cosa que yo deseaba ansiosamente. Atacada constantemente de un temblor nervioso, producido por el dolor y la debilidad, veía en la obscuridad de la noche: sombras fantásticas que se acercaban y volvían á retirarse de mi lecho; ó bien éste era lanza-

do de un extremo á otro de mi cuarto, y al encender la luz, me convencía de que la cama permanecía en su ordinario sitio; comprendiendo entonces, que en mi sér se libraba ruda batalla entre el sentimiento y el organismo físico; otras veces sentía en mi interior el ruido de un cañonazo seguido inmediatamente de un temblor general: preguntaba á la sirviente, que por entonces para asistirme, dormía en mi cuarto, si oyó el gran ruido, pues creía seriamente que, siendo tan estrepitoso, era preciso que cualquiera persona presente se diera cuenta de él, y, sin embargo, la joven nada había oído. Esta situación anormal duró bastantes meses. Como quiera que había formado el plan de retirarme por largo tiempo del centro social en que vivía; comencé á cambiar mi sistema alimenticio por otro más confortable: necesitaba cobrar fuerzas para caminar á pie cuatro leguas largas. Al cabo de un mes me sentí capaz de efectuar esa jornada. Hice un paquete de unas dos piezas de ropa, mi caja de pinturas y un rollo de papel vitela, y, provisto de unos trescientos duros, única suma que tenía en casa, pues el capital de trescientos mil duros que constituía mi riqueza, estaba depositado en el Banco, dispúseme a emprender el viaje. Antes pagué al casero, diciéndole que me retiraba al campo por algún tiempo, y que le pagaba dos semanas más para que mi encargada tuviera tiempo de sacar los muebles de la casa. Esa encargada, era mi buena sirvienta, á la cual di una larga remuneración por sus servicios. Díjela que me iba al campo á casa de unas amigas donde, probablemente, pasaría algunos meses; que vendiera á cualquier precio los pocos muebles de mi casa y me guardase el producto de la venta, por espacio de cinco ó seis meses; que si pasado ese lapso todavía yo no regresaba, era señal segura de que me hallaba muy bien en mi nuevo domicilio, y en tal caso, la regalaba esa cantidad, pudiendo libremente disponer de ella porque era suya. En vano me suplicó la indicara el sitio para donde me retiraba, con objeto de ir á verme. A eso le respondí que la casa de mis amigas estaba algo distante, en sitio muy extraviado: que si yo sabía muy bien el camino era por haberlo transitado acompañada de mi marido, muchas veces; pero no era fácil dar el itinerario. Aún insistió para que la llevara conmigo; la pobre, me tenía cariño! La disuadí de su empeño recordándole mi encargo de venta de muebles. Aquella noche hacía luna y, por evitar más contestaciones con la familia, resolví marchar antes del alba. A eso de las tres de la mañana, la reina de la noche desde el Zenit, lanzaba sus luces apasibles sobre la ciudad dormida. Entonces, tomando mi

pequeño envoltorio salí de la ciudad sin ningún temor. Sabía bien que durante el trayecto que iba á recorrer, no hallaría habitación alguna ni tampoco viandantes, porque no habiendo poblaciones cercanas, nadie transitaba por allí. El camino que yo seguía no era más que una ancha vereda, y no propiamente un camino. Yo era valiente por naturaleza y además me asistía el valor que infunde la desgracia, cuando el individuo no es pusilánime; porque en las funestas vicisitudes de la vida, el espíritu se engrandece y nada teme, á lo menos eso me pasaba á mí. Después de caminar talvez tres leguas, comenzó á elevarse el sol tras la vecina cordillera. Entonces, sentéme á descansar un poco. El canto de los pájaros, los chillidos de cotorras, loros y guacamayos, elevaron su concierto matinal. Aunque mi alma triste no estaba en disposición de apreciar esas bellezas, no fué óbice para admirar ese homenaje que los seres alados diariamente tributan, sin duda, al Gran Autor del Universo. Empecé nuevamente la marcha; conociendo que ya estaba próxima al rancho de Ña Pancha, avivé el paso, pues aquel era la meta de mi viaje. A cosa de las ocho llegué. No puedo expresar á Ud. el asombro de madre é hijos, cuando, sola y á pie, me vieron entrar por su puerta. Saludando, me dejé caer en el primer asiento que hallé á mano, rogando á Juana, me diera una taza de café, pues ya ni fuerza para hablar tenía. Esa bebida siempre está pronta en casa de los indios: la tienen lista, algunas veces en gran cantidad para ir bebiendo entre día cuando les ocurre. Trájome, pues, al momento, la muchacha una gran taza bien rameada de colorado, llena del sabroso líquido que apuré en seguida. Después hice que todos se sentaran en torno de mí para referirles mi desgracia, que escucharon con silenciosa pena. Dije que venía á pasar con ellos una temporada, porque la vida en la ciudad me era insoportable, y talvez, en el silencio de aquel sitio estaría mejor.

—Pero niña— me dijo la madre—cómo vos querés venirte aquí, tan pobres que somos. A yo me gusta mucho que te quedés, pero no te va á gustar á vos.

—Sí, sí, me gustará. Tú, Fernando, me vas á fabricar un rancho chiquito, con un camastro de varas como el tuyo, y lo haces pegado á éste; así es que no tienes que formar sino tres lados, porque el último lo cierra la pared de este mismo rancho. No vayas á cazar ni á la pesca: eso te producirá si lo vendes en la ciudad, cuando más dos duros; pues bien, hazme el ranchito y te doy ocho. ¿Quieres?

—Sí, que quiere, dijo la madre, y sin plata lo haría también. ¡Ea, muchachos! hacer el rancho bien bonito.

En seguida los dos hermanos pusieron manos á la obra, quedando terminadas en el día las paredes de varas. Aquella noche dormí en el camastro de Ña Pancha acomodándose ella con su hija. Tenían una vaca y algunas gallinas; de éstas quisieron matar una para obsequiarme, pero me opuse fuertemente y no hubo matanza. Entonces diéronme leche y huevos, alimento bueno y nutritivo, cosa que no pude rehusar. Ellos comieron ciná (mono) con cubaces, vianda que elogiaron mucho, instándome á comer; diles gracias diciéndole que otro día haría la prueba de conocer el sabor de tal carne, nunca catada por mí. A la mañana siguiente, procedieron á techar mi casa, trabajo que terminó en tres ó cuatro horas. Recubierto de muchas ramas y hojas de plátano, el techo quedó impermeable. Después llegó su turno á la cama: componíase de un cañizo con las varillas muy juntas, liadas entre sí por hilo de cáñamo; ese aparato fue colocado sobre cuatro palos clavados verticalmente en el suelo. Yo saqué de mi paquete una sábana, extendiéndola sobre el zacate seco que, á modo de colchón habían puesto sobre las cañas, y quedó la cama lista. Tenían un rucio, en el cual Fernando, conducía á la ciudad los pejivalles y las peras. Le entregué los ocho duros prometidos, no sin costarme muchos razonamientos para que los aceptara. Le rogué fuera á la capital con su rocín, para que me trajera algunos artículos, á saber: una pieza de lienzo y otra de manta, algunas varas de zaraza negra y otras tantas de color, dos pañuelos, dos frazadas, agujas, hilo y un paquete de clavos. Fernando partió á lomo de su caballo, regresando en la tarde con todos mis encargos. Una frazada se la dí á Ña Pancha, que me echó mil bendiciones, porque la que usaba era bastante vieja y no le faltaban agujeros. La otra fue para mi cama. Corté la manta en pedazos para cerrar algo las rendijas del rancho, pues se necesita estar acostumbrados desde pequeños á dormir en esa clase de habitaciones, para que el frío no auyente nuestro sueño. Juana y Fernando, dirigidos por mí, pasáronse buen rato clavando esas improvisadas colgaduras y todo quedó á punto para que el relente no volviera á tenerme en vela. Desde el día siguiente formé mi programa de vida. Las primeras horas de la mañana las empleaba en aprender, escribiendo, el lenguaje nativo de aquellas buenas gentes. Ese era un ejercicio mental que, absorbiendo mi intelecto, no me dejaba libre el pensamiento; por eso empecé ese aprendizaje, ignorando entonces, que más tarde debía servirme de gran utilidad conocer ese idioma ó lengua. Después del almuerzo venía la costura, trabajo mecánico que no impi-

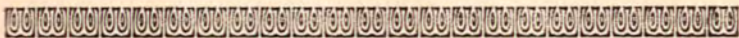
de pensar; pero en esa hora las dos mujeres sentábanse á mi lado á coser alguna cosa y su conversación me distraía un tanto. Comprendido que sólo el trabajo podría calmar mi siempre afligido espíritu, no me daba punto de reposo. En la tarde, dejando esas labores manuales, las cambiaba por otra ocupación, á mi entender más noble; trabajo que necesitando inteligencia y manos, absorbe toda nuestra atención mental. Este era el dibujo, arte que practico con alguna perfección. Por las tardes tomando mi cajita de pinturas y un rollo de vitela, íbame á cualquier punto elevado de las ceranías, y bosquejaba el croquis de alguna hermosa vista de las que tanto abundan en el paisaje. Esta vida duró un año y, ojalá hubiera continuado por todo el resto de mis días! Pero el cielo me tenía reservada una terrible prueba que irremisiblemente tuve que sufrir. Aquel día había terminado la confección de unas bonitas enaguas, que regalé á Juana, para que las estrenara el primer día que fuera á la ciudad. Durante el año que permanecí en el rancho, mis costuras fueron siempre obsequiadas á mis buenas hospedadoras, que estaban contentísimas con que yo permaneciera allí. Por mi parte, había entrado en el período de resignada conformidad, que sucede á los violentos dolores morales. En la tarde, provista de mis vitelas y caja de pinturas, buscando nuevas perspectivas, me alejé del rancho algo más que otros días. Pronto distinguí una loma fronteriza de la cual descendía un ancho arroyo que, saltando de roca en roca, formaba una bonita cascada. El sitio no podía ser más bello y apropiado para mi objeto. Sentéme, pues, en un ribazo para dibujar tan notable panorama. Ya iba á sacar de mis grandes bolsillos mi caja y vitelas, cuando me detuvo un ruido como un tropel de caballería: no quise volver la cabeza sino que temiendo ser vista pensé huir al momento, comenzando á correr. De improviso sentí silbar algo sobre mi cabeza, quedando mis brazos sujetos al cuerpo por medio de un lazo: había sido lazada tal cual se hace con una bestia indómita. Entonces volví la cabeza viendo á corta distancia varios indios montados; todos iban desnudos menos el que me sogueó. Al punto conocí que era un Jefe, por su manto de pieles y la corona de hermosas plumas que adornaba su cabeza. Llena de terror supliqué á ese hombre me dejara libre y yo en cambio le daría toda la plata que pidiese por mi rescate. Por si me entendía le hablé en la lengua de mis amigos del rancho—que ya sabía bien.—El Jefe, que hablaba el mismo idioma, me escuchó sonriendo, contestando que no me soltaría ni por todos los tesoros del mundo. Acercó su caballo: quitó el la-

zo y agarrándome por la cintura me sentó delante de sí, sosteniéndome con su brazo izquierdo, que rodeó á mi talle, sacudió con su derecha el freno partiendo la bestia á galope tendido. Aunque he dicho que soy valiente, este tremendo golpe no pude resistirlo sin perder el sentido. Al volver en mi acuerdo me hallé tendida en un camastro en este mismo rancho en que cuento á Ud. mi triste historia. A los pies de la cama estaba sentada una vieja india desnuda. ¡Qué horror! Cuando me vió despierta comenzó una arenga encomiando mi gran fortuna por haber caído en gracia del más hermoso y más grande de los Jefes. Comprendiendo muy bien aquel discurso, yo lo escuchaba con indecible pavor. Poco después entró el dueño, retirándose la vieja con grandes muestras de respeto. ¡Dios mío! sola y con un hombre desconocido y salvaje! ¿Quién podría valerme? Sacando fuerzas de flaqueza, me arrojé á sus pies deshecha en lágrimas suplicándole me diera la libertad y volviendo á ofrecerle por ella, muchas riquezas. ¡Todo fue en vano! Ví que, quitándose el manto y corona, vino hacia mí estrechándome con fuerza en sus brazos. . . . Nada más supe, porque entiendo que el terror volvió á privarme del sentido, pues hasta el amanecer, viendo á mi lado el Jefe dormido, comprendí que yo era de hecho la esposa inconsciente de aquel hombre. Salté del camastro y me acurruqué en un rincón del rancho. Él se despertó viniendo á mí con manso aspecto: en sus ojos leí que el Jefe, aunque salvaje, era capaz de amar. Me hizo mil promesas de tratarme siempre como á la cosa más querida que tenía en el mundo: que todo su pueblo me amaría también porque todos los hombres que le tenían por Jefe le respetaban y querían mucho, y cuanto yo mandara allí, sería acatado, primero por él que me adoraba y después por todos los súbditos. Con esas palabras me tranquilicé un poco. Como tengo un gran fondo cristiano, acepté resignada el sacrificio, recordando las consoladoras palabras "Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados". La misma vieja india que conocí el día anterior me trajo un vaso de leche que tomé. Más tarde volvió trayendo un gran plato de barro cubierto con hoja de plátano y encima unas buenas tajadas de carne asada, acompañadas de unas pequeñas tortas de maíz. Tomé el plato, y antes de probar la vianda pregunté de qué animal montés era. Contestóme con la mayor sencillez que era carne del hombre que habían matado poco antes y el Jefe me regalaba las mejores tajadas. ¡Gran Dios! mi marido no sólo era salvaje, sino antropófago por añadidura!! Retiré el plato, comenzando á sentir

grandes náuseas, hasta que al fin arrojé. Avisado el Jefe vino con solicitud á preguntarme que cosa me hizo daño. Le dije con franqueza que el horror que me causó la vista de aquel guiso de carne humana me había enfermado, y que si volvían á presentarme semejantes viandas me costaría la vida. El extrañó que eso me pareciera mal, pues entre sus antepasados, que todos, de padres á hijos, habían gobernado hasta él, siempre se tuvo por el mejor alimento la carne de hombre. Una rápida idea cruzó por mi mente. Para ponerla en práctica tenía que hacer abstracción de mi misma. Se trataba de influir con mi cariño en el ánimo del Jefe para que prohibiera á su pueblo la horrible costumbre... No vacilé. Díjele que yo lo amaría mucho si él y su pueblo dejaban de comer hombres, porque esa mala costumbre era ofensiva á los ojos del Gran Espíritu, que hizo todas las cosas del Cielo y de la Tierra: que ése era mi Dios y yo no podía ofenderle viviendo entre ellos: que prefería la muerte; y al terminar, jugando el todo por el todo, le arranqué el cuchillo que llevaba en la cintura presentándoselo para que me diera la muerte. Pero yo gané la partida. El Jefe aterrado me quitó el cuchillo y rompiendo la hoja en dos pedazos los tiró á un rincón. Abrazándome apasionadamente, me juró por los huesos de sus mayores, que él, ni su pueblo, volverían nunca á comer carne de hombre. No pude menos de corresponder con algunas muestras de cariño, besándole la mano. Si yo hubiera sido capaz de amar, hubiera amado á ese buen Jefe que tan pronto, por amor á mí, abolió una inveterada costumbre cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos... ¡ Ah! el amor es capaz de ejecutar cuantas grandes y bellas acciones se conocen! Tres años viví en compañía del Cisne, llamado así entre los suyos. El día que se me ocurrió retratarlo, quedó asombrado al ver el dibujo. Tomándolo por la mano lo conduje á la vecina fuente, invitando á mirarse en la clara linfa; después de mirarse allí, pudo comparar y comprender que en el cuadro estaba perfectamente representada su imagen. Desde entonces no sólo me miró con amor, sino que también con una especie de supersticiosa veneración. Por entonces comencé á inducirle lo útil que sería que él y todo el pueblo, usaran vestidos y vivieran en casas, no en ranchos. El estaba dispuesto á darme gusto en todo; pero decía: ¿ cómo conseguir ropas? ¿ cómo gentes que sepan hacer casas? Le expliqué lo que era el dinero, que él no conocía, y que por medio del oro, puede facilitarse lo que necesitamos. Que yo podía mandar á traer de la ciudad mucha ropa para vestir á todo el pueblo: después, hombres que nos hicieran habitaciones mejores que los ranchos. Eso me sería muy fácil avistándome

con mis amigos de la cañada, por medio de los cuales reclamaría á mi banquero el capital que tenía en su poder: todo, pues, se arreglaría. Entretanto, ya el Jefe tenía mucho adelanto de civilización. En los tres años transcurridos había enseñado á leer y escribir, contar hasta las cuatro reglas, y buena parte del idioma castellano; éste le encantaba porque, decía, quería saber hablar como yo. Era un hombre de clara inteligencia, y, mediante el amor que me profesaba, hubiera aceptado con gusto todas mis enseñanzas, que tendían á civilizarlo por completo. Ya habíamos fijado día para ir al rancho de Ña Pancha, cuando de improviso el Cisne fue atacado de furiosa calentura, sin duda debida á una insolación, pues otro del Palenque, que fué con él á la montaña en día sumamente caluroso, sufría del mismo mal. Había un curandero—como siempre los hay en esos pueblos salvajes—, pero sus remedios de yerbas no produjeron alivio á los enfermos. Conociendo su estado el Jefe, hizo comparecer á su presencia á los indios más connotados de su pueblo, para impartirles sus últimas órdenes. Ya todos reunidos, ordenóles que, después de morir, me reconocieran por Jefe de la tribu, obedeciendo mis mandatos y ejecutando mi voluntad con todo acatamiento, como lo habían hecho con él mismo. Los indios llorando—porque amaban mucho á aquel buen gobernante—juraron por los huesos de sus abuelos—juramento sagrado entre ellos—, que me respetarían pres-tándome todos la más ciega obediencia. El Jefe los hizo acercar y uno á uno los fué abrazando y estrechándoles la mano.... Por aquellos rudos semblantes corrían lágrimas de dolor.... Esta escena, muy conmovedora, hízome verter copioso llanto. Antes de morir el Cisne, lo bautizé, diciéndole en seguida: esta ceremonia es para que tú puedas verme, un día, en otro mundo mejor. Sonrióse besándome la mano: yo le besé en la frente. Mientras pudo mirar, sus ojos estuvieron fijos en mi rostro: su mano descansaba entre las mías.... así.... sin gran esfuerzo exhaló su último suspiro. Yo le cerré piadosamente los ojos mientras que los míos vertían llanto sincero. Me amó mucho; no sentí por él pasión, pero sí gran aprecio y agradecimiento, afectos suficientes para tributar lágrimas á un muerto. Por dos ó tres días hubo llanto y gritos desesperados en el Palenque. Muchas indias en señal de duelo, se cortaron la cabellera y arañándose sin misericordia se golpeaban el desnudo cuerpo. No eran los hombres menos extremosos; hubo algunos que, después de aporrearse en todos sentidos, se cortaron la primera falanje del dedo meñique. Ese ruidoso dolor me tenía aturrida y temerosa: era preciso que fueran á cazar y á la pesca: esa era su

alimentación: si faltaba.... ¿quién sabe....? El hambre podría atraer la horrible costumbre de antaño.... y entonces ¡gran Dios! ¿qué sería de mí? Tomé una resolución. Conociendo un poco la Historia Romana, no ignoraba la estratagemma de que se valió Numa Pompilio, para dar Leyes á un pueblo feroz. Yo sería, pues, una nueva ninfa Egeria, aunque practicando de otro modo la astucia. Ella se escondía en el Bosque Sagrado: yo estaría visible. Mi papel sería idéntico al del brujo ó adivino de algunas islas oceánicas, el cual poniendo la oreja sobre la tumba del Jefe muerto, permanece un rato atento, levantándose después para impartir á la muchedumbre que le rodea, las órdenes que acaba de recibir del muerto: superchería inocente y eficaz, que puede refrenar á un pueblo sanguinario.... Tres días después del entierro me vestí lo mejor que pude, poniéndome en la cabeza la corona de plumas del difunto Jefe. Mariquita, niña huérfana que vivía conmigo hacía dos años, me trajo muchas flores silvestres, con las cuales confeccioné un gran ramillete. Tomé una pequeña cruz que yo misma había labrado y avanzando al centro de esa plazoleta que está al frente de los ranchos, invité á todos los vecinos á seguirme al sepulcro del Cisne. Todos me siguieron silenciosos. Al llegar al sitio marcado en cuadro con piedras, planté mi cruz á la cabecera de la fosa indicada por un florido arbusto que desde el primer día mandé sembrar allí. Después hincándome esparcí sobre la tumba las muchas flores de mi gran ramo: todo el pueblo imitándome, se arrodilló. Permanecí unos momentos rogando á Dios que, atendiendo á la pureza de la intención, me perdonase las mentiras que iba á forjar. En seguida me acosté en tierra poniendo la oreja á la cabecera del sepulcro. Como diez minutos simulé estar oyendo, cuando lo que hacía realmente, era pedir inspiración al Cielo. De improviso me levanté mostrando en mi rostro la mayor alegría. Dije que el querido Jefe me había hablado encargándome decir á su buen pueblo que ya no le llorara más, pues eso le hacía sufrir en medio de la gran dicha que disfrutaba, rodeado de bellezas celestes; que desde el siguiente día volvieran á comenzar sus trabajos ordinarios de caza y pesca. Que él, desde lo alto, los veía y estaría muy alegre si ellos se consolaban. Les ofrecía que más tarde enviaría á su pueblo cosas buenas para que gozaran gran felicidad. Todos, ya contentos, aclamaron al buen Jefe, y también á la gran Jefa que podía hablar por él. Al día siguiente cada cual se fué por su lado en busca de caza y pesca. La situación estaba, pues, salvada. Esta es, señor, mi verídica historia, que fielmente he relatado á Ud.



CAPITULO XXVIII

FIN DE LA HISTORIA DEL ESPIRITU DEL RIO

Al terminar don Alberto esa larga narración, exclamó Armida:

—¡Ay Dios mío! ¿qué habrá sido de la pobre señora!

—¡Es una valerosa mujer! Espero que en los años que han transcurrido desde que me separé de ella, haya podido contener aquel pueblo bajo la Ley de paz y trabajo. Si ha pasado así, ya vislumbro el medio de salvarla y también el de civilizar aquellos hombres. Tú me ayudarás, hija mía. Ester es rica; tú, mucho más; y yo también soy dueño de un gran capital: tenemos pues lo principal para el desarrollo de una gran obra de Beneficencia.

—¡Oh! sí, sí—dijo la joven—todo mi capital está á la disposición de esa obra magna. Siempre creí, que por algo me hicieron rica de la noche á la mañana.

—Ahora nos falta salir de este sitio: averiguar si Ester vive y continúa en la misma posición que la dejé. Siendo así, pronto daremos comienzo á nuestros benéficos trabajos. Voy á continuar el relato de mis aventuras, pues aún ignoras por qué he vivido tanto tiempo en esta Gruta. Cuando Ester terminó su historia, fuéme preciso faltar á la palabra dada por mí á los dos indios caníbales; amagaba un peligro á la señora; era indispensable que estuviera alerta. Al efecto, dije á la pequeña que refiriera lo ocurrido en la mañana. Mariquita habló así:

—Fuí á una loma cercana, á buscar flores, porque á Ester le gusta poner ramos delante los cuadros de Cristo y del Jefe. Como hallé pocas, ya me volvía cuando llegaron allí el Zorro y el Hurón, diciéndome que fuera con ellos á un llano donde había muy bonitas rosas y amapolas. Yo me fuí con ellos muy contenta. De repente me alzarón en volan-

das y á la carrera me llevaron al arroyo que hay á una hora distante de aquí: me quitaron la ropa para fregarme el cuerpo con piedras y matarme después; de repente llegó este buen señor y me salvó la vida.

Con gran asombro escuchó Ester el relato de la indita. Hacía cinco años que el canibalismo no se practicaba en el pueblo, sin haber ocurrido en ese lapso, bien largo, ni un solo caso de reincidencia.

—Creo, señora,—la dije—que este acontecimiento pide una nueva visita al sepulcro del Jefe. Respecto á la repugnancia que le causa la práctica de esa superchería, no tenga Ud. preocupación alguna. Los hombres salvajes son exactamente iguales á los niños de carácter indómito; para poder dominarlos hay que valerse de algún engaño. Al llegar á la edad de la razón, esa incomparable luz, alumbrando su intelecto, les indica el camino recto, comprendiendo entonces lo torcido de la senda que antes siguieron. La razón del salvaje—pues la tiene—continúa siempre en la infancia. En los hijos de padres civilizados, sin duda debido á repetidos atavismos, la gran chispa prende pronto; mientras que en esos pobres brutales seres, que nada bueno traen por herencia, permanece como envuelta en denso velo. Solamente una educación bien sistemada y continua, tendrá el poder de iluminar esos cerebros atrofiados; porque la inteligencia del hombre es, en sumo grado, perfectible. Pero ¿quién se encarga de educar la multitud de salvajes que existen hoy sobre la tierra? No creo factible tamaña empresa, máxime cuando la gran mayoría de esos infelices, se niega rotundamente á aceptar cualquier régimen civilizador. El Jefe Cisne fue una feliz excepción. Gracias al gran amor que Ud. le inspiró, y guiado siempre por ese afecto, hubiera llegado á civilizarse y el pueblo, que tanto le veneraba, seguiría indefectiblemente su ejemplo. Dios lo ha dispuesto de otro modo. Pero yo le juro á Ud., señora, bajo palabra de honor, que volveré aquí un día, con suficientes medios para emprender la mejoría de estas pobres gentes. No conozco camino alguno sino el que me condujo aquí; ese no puedo seguirlo porque me llevaría á la terrible región donde quedaron enterrados mis tres amigos. Pienso emprender la marcha esta noche para que nadie en el palenque note mi partida. Quiero que los indios vean algo misterioso en mi venida y rápida desaparición: eso herirá su imaginación, tan propensa á creer lo fabuloso. Me parece que Ud. mañana debe visitar el sepulcro y oír la voz del Jefe. Después comunicar al pueblo—porque á Ud. se lo ha revelado el muerto—que yo soy

un enviado que vine aquí a tomar nota del comportamiento que siguen los habitantes: ya enterado de su buena conducta, me ausento para traerles más tarde la recompensa que merecen. Con ese discurso tomarán confianza perseverando en el bien y creo no vuelva a reaparecer el caso de Mariquita. Ese episodio no debe Ud. mentarlo, fingiendo que lo ignora; mas, cuando esté hablando sobre lo dicho por el Jefe, procure fijar la vista sobre los dos reincidentes: eso les hará temer que Ud. sospecha algo y los tendrá á raya. Ester aprobó por completo mi plan. Yo, desde el rancho apenas había visto una que otra india desnudas llevando solamente un delantal de esterilla tejido y regalado por Ester, para cubrir en parte la desnudez de aquellas infelices. Temprano, no ví hombres. Estaban ausentes desempeñando su ordinaria ocupación de caza y pesca. Al crepúsculo regresaron llevando todos taparrabo. Una multitud de chiquillos rodeaba los ranchos: con ellos funcionaría mi escuela; serían, ya civilizados, el futuro pueblo que practicaría, según mis enseñanzas, distintas, muy distintas costumbres de las que hoy privan en las sociedades modernas... Ester me sirvió una confortable cena, compuesta de carne asada, huevos, tortas de maíz, queso, plátanos asados y leche. Quería que me detuviese allí algunos días. Dándola gracias, le manifesté la premura que exigía su triste situación. Era preciso mi pronto regreso á cualquier población civilizada. Me apenaba no conocer una vía recta que me condujera más pronto al fin deseado. Encargóme que me dirigiera siempre al Este, pues de ese punto se encaminaron al Oeste, sus raptores, aquel día aciago en que, cual bestia cerril, fue lazada. Propúsome darme un indio por guía, ofrecimiento que rehusé temiendo que al tal, le ocurriera, lejos del palenque, asociarse con algún compinche y entre los dos dar buena cuenta de mí; era extranjero y acaso querrian probar qué sabor tenía la carne de un blanco. No, no; me iría solo, á la buena de Dios. No manifesté á Ester la causa porque no aceptaba un guía para no asustarla con mis temores; sólo insistí en que mi marcha envolviera cierto misterio, cosa muy útil para atraer á la obediencia aquellas gentes ignorantes y supersticiosas. Ya resuelta mi partida, la señora me alistó un saco de basta tela de cabulla, llenándolo de provisiones para el viaje. En previsión de que éste se alargase muchos días, también puso en el saco un calabazo de agua como así mismo los útiles para encender fuego. Ya tú, hija mía, me has visto ejecutar esa operación de un modo tan primitivo. Dióme unas varitas de caña que tenían ensartadas muchas semillas de tártago, por